Domingo 1.° de Mayo de 1898 MONTEVIDEO Año I -- 2.ª Época -- Núm. 7

LA ALBORADA

SEMANARIO POLÍTICO, LITERARIO Y SOCIAL

Redacción y Administración
Calle Convención, No. 82
HORAS DE OFICINA: DE 1 Á 5 P. M.

DIRECTOR-REDACTOR
CONSTANCIO C. VIGIL

ADMINISTRADOR
AGUSTIN SALOM



Coronel ANTONIO FLORICIO SARAVIA (a) Chiquito

2.° Jefe de la Revolución hasta la batalla de Arbolito

La obra magna

Tema es éste, que debe preocuparnos de manera especial. Nunca creeremos haber dicho bastante, porque no existe cuestión alguna, dentro de la labor partidaria, que aventajarle pueda en su importancia y en sus trascedentales proyecciones. Es tiempo ya de que seamos prácticos, y de que ceda el ilusionismo ante el razonamiento sereno. El buen criterio debe primar. Mantener las más nobles y legítimas esperanzas, no es ya posible, sin atenerse á las demostraciones de la realidad misma y meditarlo lejos de todo optimismo peligroso.

Verdad es ésta: el Partido no será fuerza sin tesoro: solo será una negación de sí mismo mientras no haya, en las cajas de su tesorería, caudales que acrediten su podarío incontrastable.

La dignidad, el prestigio de la causa reclaman la formación del anhelado Tesoro Nacionalista, base indeleble, propulsor enérgico de su engrandecimiento y de su prosperidad. No hay, no puede haber, más que un solo criterio en este asunto: y ese criterio bien inspirado dice que es indispensable y que será muy eficaz la constitución de una caja de recursos en nuestras filas. Ese criterio dice, que sin esos recursos nuestras reclamaciones del derecho no serán válidas; nuestras amenazas serán despreciadas: dice, también, que sin ellos jamás llegaremos al terreno práctico de los hechos, ni en la imposición á los menos y de menores títulos, ni á la obtención de legítimos beneficios.

No levantamos, sobre la reina reciente y el rudo sacrificio apenas terminado, el estandarte de una nueva guerra. Pero sí, alzamos la bandera sacra del Partido, que ampara en todo tiempo la libertad y los derechos, que no puede abatirse jamás, y tras la cual deben sus soldados mantenerse en guardia, prontos á sostenerla con firmeza y á mantenerla alta á todo trance. Hé ahí la obra grandiosa de la constitución de nuestro Tesoro; hé ahí el fin hermosamente práctico de un pequeño esfuerzo individual.

La Honorable Convención ha discutido y establecido las bases de ese baluarte cívico: el Directorio y las Comisiones Directivas Departamentales serán los centros de organización y recaudaciones. A las Comisiones seccionales cumple el secundar á dichas corporaciones con todo el celo que requiere esta obra magna del partidarismo. Los dineros pasarán por manos honradas; no caben desconfianzas ni aún sombras de sospecha respecto á los más humildes obreros de esta labor patriótica, tratándose de una colectividad que ostenta en la diadema de sus glorias con brillo diamantino, la acrisolada honradez de sus hombres en todos los actos de la vida pública.

Aquí cabe nuestra opinión respecto al plan económico que ha de implantarse. El tiempo y la perseverancia, á nuestro entender, deben ser los factores eminentes para hacer efectiva la iniciativa.

Rechazamos el mayor resultado con el mayor sacrificio de una fracción mínima de coafiliados. Es democrático y plausible ese sacrificio, pero no lleva el sello de la sanción moral de la labor asidua del conjunto; ni puede parangonarse en su significación como acto cívico, con el esfuerzo colectivo á través de una época más ó menos larga.

No deben fijarse cuotas; no es aceptable un estipendio dado á plazos señalados. Las donaciones han de ser expontáneas, nacidas, no de compromisos oficiosos, sinó de un íntimo convencimiento, de un noble anhelo estimulado por el noble ejemplo.

En las reuniones, colocar una mesa para que cada compañero deposite su óbolo, que puede ser mayor ó menor, como le convenga ó le plazca; en los clubs, — que no otro fin más profícuo perseguirán, — otro sitio tambien, para la diaria recolección de donaciones; y en el hogar, aun, de cada compañero alejado de comisiones recaudadoras, debe existir pequeña caja para la acumulación de unidades que acrecienten el Tesoro común.

Los privilegiados de la fortuna podrán ó no ser los que más beneficien el aumento de fondos: eso queda librado á su exclusivo criterio. A nadie le compite hacer presión fatigosa en su ánimo para atraer recursos. Y cuanto á los poco pudientes, es de notoria justicia, darles amplísima libertad para que contribuyan tan paulatina y reducidamente como puedan.

Sintetizando, diremos: por una parte, actividad, laboriosidad contínua; por otra, el convencimiento y no menor constancia. Que esa labor de quienes acometan la recaudación, sea una labor sin término preciso, basta que ella sea asidua; y no pesada enojosa para los donantes.

La más grande equidad, el más abnegado esfuerzo, son los justos y dignificantes móviles que han de presidir estos trabajos.

Todos, cada uno en su esfera, cada uno á su alcance, han de aportar su contingente. Y del pequeño, relativamente, esfuerzo individual resultará un grandioso esfuerzo colectivo, un resultado casi colosal al constituir un Partido político su caja de reservas.

Esperamos ver confirmada esa gratísima esperanza cívica.

Obtenido el Tesoro, no verá el Gran Partido la negación de su poder inmenso en su misma carencia de trabajo acumulado. Cuando estallen sus iras magnánimas, cuando se rompa el diapasón de su prudencia, cuando un nuevo burgués ó un nuevo sátrapa deshonren y aniquilen el país, — y Aparicio Saravia proclame el batallar por los principios y por la dignidad republicana, como en otrora no acudirán sus fieles, á combatir sin armas, ni mantendrá la enseña sacrosanta, sin más amparo que el denuedo heróico y un centenar de lanzas improvisadas.

A la obra, soldados del Partido Nacional.

En la prensa, en la tribuna y en todas las manifestaciones de nuestra vida partidaria, el Tesoro Nacionalista, la obra magna iniciada, debe ser el primer galardón á que se aspire, la más digna conquista, el más honroso y más noble interés que ha de alentar á nuestros corazones.

LOS VOLUNTARIOS

¿Cuando los recordará el Gobierno?

Al iniciar el período de su gobierno don Juan Lindolfo Cuestas, creímos con entera fé que desapareciera para siempre esa práctica indigna que transforma en esclavos á los ciudadanos, sometiéndolos al servicio militar de manera violenta y arbitraria. La remonta del ejército debe hacerse con individuos que deseen tomar esa carrera; y si son pocos, insuficientes para mantener en buen pié el ejército, convóquese la guardia nacional, distribúyase equitativamente el servicio obligatorio;—pero no haya distingos ignominiosos, no se arranquen de sus hogares á los ciudadanos de manera brutal, para meterlos en los cuarteles; no se ceben *las levas* en nuestros pobres paisanos, que por vivir en la despoblada campaña y carecer de significación social se les reduce á una esclavitud vergonzosa, se les llama en sentido irrisorio «voluntarios,» se les transforma en parias, en hombres sin derechos, ni libertad, se les niega justicia, y todo en su misma patria.

Nosotros confiábamos en el noble sentir del señor presidente: quien en nombre de la moral política y la legalidad ha realizado tan serias innovaciones;—¿podía, por ventura, olvidar los conciudadanos que gimen en las mazmorras cuarteleras y claman libertad con el derecho por guía? Confiábamos tambien en la rectitud de su criterio y en su amor á lo justo. Hoy, vacilamos ya. Son muchos los que traídos en tiempos bochornosos, de escándalo sin nombre, para servir contra su voluntad en los cuerpos de línea, continúan aún allí, como la negación patente de la ciudadanía, como un escarnio para la república democrática que nos dá nombre.

Es necesario que el señor presidente provisorio,—ya que el ministro competente no lo hace,—preste atención á las denuncias de la prensa, y ordene los sumarios pertinentes y adopte medidas enérgicas, radicales, que extirpen de raiz tan grave violación de los derechos ciudadanos.

Todo gobierno republicano debe apoyarse en el pueblo, y no en las bayonetas mercenarias. Si es preciso, repetimos, llámese á los guardias nacionales, y se ahorra á el espectáculo sombrío de los «voluntarios,» infelices que no tienen el simple goce de la libertad individual y han de cargar un mauser, y vestir uniforme, y desamparar su familia ó sus intereses hasta que al gefe del cuerpo se le antoje. Esto es desdoroso para el pais; no hemos de soportar siempre tan grande ultraje. Y mientras el mal subsista, no hemos de callar; hablaremos con todo el mérito que asiste á lo razonable y justo.

A NUESTROS SUSCRITORES

A recomenzar esta humilde tarea partidaria nos alentó el franco anhelo de ser útil es al Partido de nuestras afecciones. LA ALBORADA se abrió rápidamente camino, amparada quizá por su primera época, en la cual solo obtuvimos, personalmente, momentos llenos de dificultades y sinsabores; para la causa, empero, creemos haber allegado algún pequeño servicio.

En la segunda época, no solo contamos con los recursos necesarios para el sostenimiento del periódico, sinó que, gracias á la protección de los amigos de causa, hay un excedente de las entradas sobre los egresos de caja. Esto significa un verdadero triunfo de nuestra propaganda sincera, y ello nos halaga y nos alienta á proseguir con el ardor de siempre en la obra iniciada.

En vista de ese resultado, destinamos el sobrante á las notables mejoras que desde este número introducimos, y que representan un aumento del doble en el presupuesto mensual.

Explicadas las causas de la innovación completa que hemos realizado, solo nos resta agradecer á los señores suscritores la benévola acojida que han dispensado á LA ALBORADA, y prometerles que en la medida de lo posible, no escatimaremos ningún esfuerzo para mejorar esta publicación. Entendemos que así seremos útiles, desde el modesto lugar de nuestras filas en que luchamos por santos ideales, al Partido que los encarna en su honroso programa de principios y en su bandera, que es la misma bandera de la patria.

PARTIDO NACIONAL

SU TESORO

Decíamos en un artículo anterior apropósito de la formación del tesoro: «Todas las indecisiones deben desaparecer ante la magnitud de la obra: de previsión en el presente y con tintes de redención en el futuro».

Nos confirmamos hoy en esa opinión y exhortamos á nuestros decididos y honrados compañeros de campaña, á que mediten con la profundidad analítica que el asunto capital merece, las proyecciones y consecuencias benéficas que reportará al país el Partido Nacional, si en breve plazo cuenta con un fondo de reserva capaz de servir de pedestal á las exigencias del patriotismo bien comprendido y mejor practicado.

Siempre hemos creido que de la campaña, del ciudadano ungido con el soplo vivificante de nuestro pampero, del que no siente ni han llegado hasta él los enervamientos de la vida moderna, es que se deben esperar todos los altruismos y todos los sacrificios, capaces por si solos de sellar con timbre inalterable, las conquistas anheladas.

Por eso nos afanamos en destruir hasta la sombra de cualquier duda, que pudiera amenguar el entusiasmo con que todos debemos abordar este importante tema.

La reglamentación dada á la recolección de fondos, ha sido un punto discutido con toda extensión y después de haberse calculado fríamente, todos han quedado contestes en que conviene á nuestros intereses, formar con premura el tesoro central, dejando para más adelante la tarea de constituir los tesoros departamentales.

Esta centralización en nada afecta la indiscutible autonomía que á cada departamento corresponde, ni tampoco constituirá nunca un precedente que pueda en el futuro hacerse valer.

Sólo en mérito á la necesidad de formar el ganglio principal, con rapidez y unidad en la acción, es que hizo camino la previsora idea de formar un tesoro central.

Esperamos que nuestros amigos aceptarán estas sinceras explicaciones, y sin pérdida de tiempo, sin pueriles vacilaciones abordarán la realización de esta obra, que ha de ser comprendida y estimada por las generaciones futuras.

El Partido Nacional está unido, vigoroso, bullen en su campo esperanzas promisoras y entusiasmos saludables; ostenta una falange intelectual que brilla con luz propia y diamantina, posee ciudadanos que pueden conducirlo á los más grandes destinos, porque han hecho un culto de la virtud y del valor; por último, es una colectividad respetable y querida por la inmensa masa de extranjeros, agena á nuestras tristes luchas.

Nadie pone en duda que nuestro partido es máquina moderna, bien concebida, mejor ejecutada y que nada puede impedir realize trabajos de inalterable consolidación democrática, desde que hay cerebros para trazarle rumbos, brazos para imprimirle movimiento inicial y corazones que con sus entusiasmos y su fé harían pequeños todos los obstáculos.

No obstante estos factores capitales, el Partido Nacional no ha podido cumplir ampliamente su misión democrática. La causa de ello debe buscarse única y exclusivamente en la ausencia de un capital que llene las exigencias indispensables, para poner en movimiento á la gran masa y aprovechar sus pujantes energías.

La consolidación de las conquistas alcanzadas, la segura promesa de ideales, anhelados y presentidos, la tranquilidad de todos al cumplir un deber ineludible; todo ésto, se obtendrá, si movidos por un solo sentimiento, por una sola voluntad y por un anhelo único, colocamos nuestro grano de arena para embellecer esta empresa patriótica y enaltecedora: *El Tesoro del Partido Nacional.*

Montevideo, Mayo de 1898.

LUIS PASTORIZA.

La revolución de los Comicios

I

LOS TRABAJOS NACIONALISTAS DEL CORDOBÉS Y CERRO-CHATO

APARICIO Y CHIQUITO SARAVIA EN EL ESCENARIO POLÍTICO-MILITAR

. . . .

Los señores que componían la comisión invitadora le pasaron una nota al caudillo civil del Partido Nacional doctor Eduardo Acevedo Díaz, en la que le rogaban asistiera al acto cívico de la referencia, en los términos siguientes:

Cañada Brava, Agosto 16 de 1896.
Señor Director de *El Nacional* doctor don Eduardo Acevedo Díaz.
Montevideo.

Respetable señor:

Los que suscriben en el carácter de comisión iniciadora de los trabajos tendentes á la inauguración del Club «General Gumersindo Saravia», tienen la satisfacción de hacerle saber que sería un honor, tanto para los firmantes, como para todos los nacionalistas de estos lugares, el que usted asistiera á nuestra asamblea partidaria, la que se efectuará el día 25 del corriente mes, en la 9.ª sección del Departamento de Cerro-Largo, paraje denomidado «Pablo-Paez», con el fin de instalar el referido club nacionalista.

Con tal motivo tenemos el placer de saludarle con el mayor aprecio.

Luis Apolo—Máximo Mederos — Abelardo Apolo —Juan Antonio Apolo— Polonio Clavijo—Manuel Mederos—Desiderio Saravia (hijo).

El Nacional no solo contestó esa galante invitación con la cultura social y política que investía, sino que estampó con honor en sus columnas la precitada nota, con más estas frases: «Tenemos el encargo de nuestro director, de mani-

festará los distinguidos amigos que componen la comisión invitadora. La imposibilidad en que se encuentra de asistir á la inauguración del centro político que va á constituirse, por razón de las tareas propias del diario, y además por el compromiso contraído con anterioridad de asistir á la asamblea del 6 de Setiembre.

Que agradece vivamente el recuerdo y se esforzará en testimoniar más adelante que no lo ha echado en olvido.»

Y llegó la suspirada fecha del 25 de Agosto. Lindo día; un cielo límpido y azul, una brisa templada y suave acariciaba el magnífico conjunto. Dios se adhería al goce de los corazones generosos que habían concurrido á la cita del honor republicano, al llamado del civismo puro y del patriotismo acendrado.

El lugar de la reunión

El paraje donde iba á tener lugar la asamblea nacionalista es hermosísimo, está adornado por suaves ondulaciones, cruzado por un pintoresco arroyo que serpentea entre dos grandes laderas. Poblados bosques bordan sus márgenes, destacándose flexibles palmeras.

En la cumbre de una inmediata colina está la casa de don Serafín, la que estaba engalanada con arcos de triunfo que ostentaban los colores blanco y celeste, con inscripciones como estas: «Todo por la Patria». «¡Adelante juventud nacionalista!».

Esta última envolvía un justiciero recuerdo para la falange de la vanguardia del civismo.

Frente al local del Club, como á cinco metros, levantábase la tribuna, cubierta de los mismos colores, sirviéndole de cobija dos hermosos eucaliptos, cuyas espesas ramas proyectaban sombra para la concurrencia.

Preliminares de la reunión

El hermoso acto cívico iba á realizar se en el día.

Estas asociaciones significativas de las fechas patrias y de las robustas expansiones del nacionalismo, han sido siempre oportunas, porque nuestra causa tiene la religión del deber y de la libertad.

Por la mañana empezaron á llegar al sitio indicado, grupos de 50, de 150, de 400, de 450 y de 550 hombres con sus respectivos jefes á la cabeza, algunos con la bandera nacional izada y tomaban lugar en la lindísima propiedad del excelente amigo don Serafín Rodríguez.

A las 11 p. m., ésta quedó poblada por más de 1.600 correligionarios, entre los cuales abundaban los ciudadanos probados como Aparicio Saravia, Cornelio Oviedo, Juan José Alegre, Chiquito, Camilo, Mariano, Pancho y Timoteo Saravia, Eusebio y Gregorio Carrasco, Polonio Clavijo, Serjio y Saviniano Muñoz, Pedro Sánchez, Manuel B. Rivas, Lidoro Pereira, Isidro Noblia, agrimensor Esteban Chiappara, escribano Basilio Muñoz (hijo) Antonio Mena, Doroteo Navarrete, Cármelo Machuca, Francisco Sánchez, Eduardo Cano Averasturi, Juan y Silvio Muñoz, escribano Cabino Coronel, Romualdo Galban, Arturo Salom, Modesto Morales (hijo), Dalmiro Coronel, Fortunato Pérez y Muñoz, Abelardo Apolo, Manuel Peña, Pablo y Fernando Botana, Luis Apolo, Polonio Clavijo (hijo), Domingo y Fernando Velázquez, Gabino Medina, Francisco y Emiliano Crosa Peñarol, Elauterio Pereira, Juan Montecoral, Eustaquio Ramírez, Abelardo Apolo (hijo), Isidro Zabala, Pablo y Genaro Saracho, Pedro C. Ortiz, Clotildo Silvera, Maximiano Costa, Zacarías Marcco, Antonio Valín, Antenor Rodríguez, Baustita Brutti, Antero Aveiro, Simón Costa, Alejandro Goicochea, Juan Antonio Apolo, Serjio y Ricardo Muñoz Miranda, Marianito, Santos y Desiderio Saravia, Gabino Tavares, José y Juan Sain, Nepomuceno, Exaltación y Aparicio Saravia, Ciriaco Diaz, Pedro, Marcelino y Leopoldo Saracho y otros ciudadanos de mérito.

La columna cívica y el Himno Nacional

A las once y media, cuando ya estaban presentes todos los invitados, aparecieron ocho carruajes que llegaban de la 8.ª sección del Durazno, y de la 9.ª de Cerro-Largo, conduciendo á cuarenta y dos señoras y señoritas, escoltadas por una selecta guardia de juventud local, y que ocuparon el edificio de don Serafín.

Amenizaba la fiesta la banda popular de música, que había ido de la ciudad de Melo.

Los centenares de jinetes alineados en perfecta disciplida, agitándose por contagiosos entusiasmos ofrecían un bellísimo espectáculo que fué colmado por una inspiración patriótica. Alguien dijo que allí faltaba el himno nacional para completar el alto colorido de la espléndida fiesta; y cuando la idea se puso en práctica, cuando las armonías del himno de la patria poblaron el espacio, un profundo silencio reinó entre la concurrencia, que descubierta oyó enternecida esa clásica música, que simboliza las horas supremas, nuestras glorias, nuestros martirios y nuestros heroismos.

Y aquella asamblea varonil de hombres de todas las edades presentó un aspecto difícil de olvidar, porque era la consagración sincera de unánimes anhelos confundidos en este gran ideal ¡Viva la Patria!

Hubo recuerdos y vivas á la memoria de los mártires del civismo nacionalista; al general Aparicio Saravia y al doctor Acevedo Diaz, porque pese á quien pese, Aparicio y Acevedo Diaz, tenían entonces, tienen hoy, tendrán mañana y tendrán en todas las horas supremas la realidad del prestigio que se adquiere como ellos lo han adquirido, con abnegaciones patrióticas, con balas en el cuerpo y con los sinsabores que traen aparejados las luchas cruentas de la democracia.

En seguida vino el desfile, cuyo lucimiento lo abona mejor que nada este dato: allí había congregados 1,600 ciudadanos pertenecientes al Partido Nacional, bajo la dirección político-militar de Aparicio y Chiquito Saravia.

El almuerzo

Después de la hermosa evolución, la numerosa concurrencia se diseminó por el campo adyacente para almorzar.

Carneáronse al efecto sesenta reses, donadas generosamente por varios vecinos. La más expontánea satisfacción se notó en todos los rostros. Los viejos adalides de la patria que habían asistido á la cita partidaria, abrigando íntimas desconfianzas, temiendo encontrar claros en las filas tan trabajadas por los contrastes de los renegados, no cesaban de sorprenderse satisfactoriamente ante la avalancha de los elementos valiosos y en su inmensa mayoría jóvenes, que se incorporaban con la convicción que subyuga al hombre de corazón bien puesto.

A uno de esos consecuentes amigos que tienen mucho de reliquias, se le oyó manifestar sus impresiones de esta manera gráfica: *Nosotros envejecemos, pero el Partido se remoza con el correr de los años.* Y tuvo sobrada razón el noble anciano; porque el Partido Nacional crece á pesar de todos los obstáculo , y se vigoriza cuando cuenta con entidades como Aparicio Saravia, y como Acevedo Diaz.

Concluido el almuerzo, don Serjio S. Muñoz dió lectura al acta de fundación del Club «General Gumersindo Saravia», que fué estruendosamente aplaudida. En seguida fueron nombradas por aclamación las personas que debían componer el directorio de dicho centro político, quedando integrado de la siguiente manera:

PRESIDENTES HONORARIOS

Coronel Fortunato Jara.
Coronel Cornelio Oviedo.
Doctor Eduardo Acevedo Diaz.

TITULARES

Ceferino A. Costa.
Plácido Muñoz.
Abelardo Apolo.
Máximo Mederos.
Luis Apolo.
Nicolás Rivero.

SUPLENTES

Antonio Floricio Saravia.
Polonio Clavijo.
José Miguel Pérez.
José María Mederos.
Miguel Etchandy (hijo).
Primitivo Echevarria.

J. M. M.

(Continuará).

Memoria de un revolucionario

VI

(*Conclusión*)

Eran las 11 y 1/2 de la noche cuando llegamos al cuartel del 4.° de Cazadores. Bajamos del *Boca Negra*. Los guardias envueltos en sus ponchos patrios, y sentados en largos bancos de madera en la entrada del cuartel, nos observaban curiosamente. El cabo que nos servía de custodia nos entregó al comandante de la guardia, quien nos hizo pasar á una pieza que brillaba por su impulcritud y que servía y sirve aún de Prevención.

No había transcurrido un cuarto de hora cuando se presentaron muchos oficiales llevados por la curiosidad de conocernos. Entre ellos recuerdo haber visto al ex-ayudante capitán Jacinto Salvagno. Como la habitación estaba á oscuras éste encendió un fósforo y dirigiéndose á Mantovani que estaba más próximo á él, le preguntó: ¿Es Vd. el caudillo Salom tan mentado, de quien decía la prensa que había sido degollado?

A lo que éste respondió: No, señor,—y señalándome á mí continuó,—es éste. Salvagno atendiendo la indicación de mi compañero, dirigióme estas palabras: Cuéntenos, amigo, como lo prendieron, y yo le contesté: Déjeme tranquilo; mi ánimo no está para dar satisfacciones á nadie.—Y sólo me reduje á preguntarle. Dígame ¿En calidad de qué venimos, de presos ó de soldados?—A lo que contestó que íbamos en calidad de soldados destinados por S. E. Borda, según tenía entendido.

Aunque yo estaba con el ánimo irritado, sin deseos de hablar, me atreví á narrarle todo lo que había hecho por sus compañeros de armas, para que tuvieran en cuenta y pensaran que á un soldado que presta su ayuda al enemigo caído desastrosamente en los campos de batalla, no se le debe encerrar en mazmorras cuarteleras, ni hacerles servir contra su voluntad.

En la mañana del dia siguiente, después de *diana*, vimos por la ventana que dá á la Plaza de Armas, al pelotón de *voluntarios involuntarios* haciendo ejercicio. Esa misma mañana envié noticias de lo que me sucedía, á un amigo para que éste á su vez, noticiara á mi familia.

Eran las tres de la tarde, cuando el capitán ayudante vino á buscarnos para pasar á la *Mayoría*, ignorando nosotros el porqué de tal resolución.

Encontrábase en ella un aparato, *el célebre aparato medidor* para tallar las estaturas. Enseguida que entramos, el señor Salvagno con su risita picaresca que le es peculiar, nos dijo:

—¿Saben Vds. para que es este aparato?

—No lo sabemos, respondimos.

—Pues ahora lo sabrán—nos contestó; sáquense los zapatos.

Así lo hicimos, y señalándome, dijo:

—Venga Vd. para acá.—Y me colocó en el tallador, bajando la madera que marca los centímetros, y luego que la hubo colocado bien, exclamó:

—¡Uno y setenta y cinco centímetros! Vd., seguramente, irá para la primera compañía.— Y acentuó un poco más su sonricita socarrona.

Después le tocó la misma operación al señor Mantovani, persona á quien por el *delito* de ser nacionalista, (*defecto*, como diría Manuel Bernárdez) le había cabido la misma suerte que á mí.

Un momento más tarde, entraba el coronel Martín Etcheverry. Sentóse en el sillón, y luego que se hubo acomodado patriarcalmente, nos interrogó de esta manera:

—¿Son Vds. blancos?

—Sí, contesté—agregando que había pertenecido á las fuerzas revolucionarias y que con mi aprehensión cometíase una injusticia, no sólo basada en la conculcación del derecho constitucional, sinó también levantada sobre la conculcación de la *ley de nobleza*.

—Lamento la situación de Vds., pero como vienen destinados por S. E. Borda, yo no puedo concederles la libertad, nos dijo el coronel.

Luego continuó:

—No obstante los recomendaré al capitán de la primera compañía, que lo es el señor Gauna.

Y para aseverar sus palabras, hizo llamar al capitán citado, á quien nos recomendó.

En ese mismo instante entró en la sala un negro,—que en los tiempos de Latorre y Santos, hacía oficio de verdugo, según cuentan las historias y los soldados del cuartel—trayendo una taza de *rancho*. Entonces el coronel nos dijo: ¡Miren qué *rancho* más lindo tenemos!

Al cabo de un rato pasamos á la cuadra de la primera compañía, habiéndonos advertido antes el coronel Etcheverry, la conducta que debíamos observar en el cuartel.

Todos los milicos nos escudriñaban con lástima.

Tocaron *llamada*; las compañías se formaron en sus respectivas cuadras; se tocó *oración*, y enseguida se dió el toque de *rancho*.

Las mesas habían sido preparadas como de costumbre antes de la *llamada*, *embellecidas* con platos de lata aporcelanados. Varios soldados que hacían las veces de *sirvientes*, traían las ollas del frugal alimento.

Cuando estas se destaparon se elevó un vapor que no olía ciertamente á flores y que me obligaba á taparme las narices.

No me podía explicar á qué se asemejaba ese olor que quita la respiración y las ganas de comer; más al fin, dí con el *busilis*: era olor á cucaracha, y digo esto por haber visto, residuos de esos vichos de cáscara dura, como algunos otros *séres*, recocidos y boyando sobre el caldo negruzco y borroso. Mi única *cena* fué ese día, un pequeño pan que se dá á todos los soldados.

En la mañana del dia siguiente, después de desayunarnos (1) con el *café de maiz tostado*, y una galleta microscópica y dura como piedra, nos hicieron subir al depósito para entregarnos el vestuario, y demás artículos correspondientes al soldado que ingresa.

Nos acompañó un teniente Quevedo, muy amigo de chichoncar, y chichón por cierto. Para mí era desconocido absolutamente el mecanismo del mauser, y cuando este señor me lo entregó, dije á mi compañero en voz baja:

—No sé manejar el mauser.

El teniente Quevedo, que tiene un oido muy fino, me oyó y me habló enseguida de este modo, nada noble por cierto:

—¿Qué no vas á conocer voz el mecanismo del mauser, blanco pícaro? ¿Y con qué peleaban Vds. en Tres Arboles? Nada me decía ni me preguntaba sin pronunciar su frase favorita, hija del despecho y la informalidad: «*blanco pícaro*.»

Advierto y pueden atestiguarlo todos los que han tenido el *gusto de conocerlo*, que era el oficial más impío de la primera compañía, á la cual pertenecía.

Cuando estaba de servicio semanal, no pasaba un día sin que hiciera aplicar palo y más palo, sobre el ya molido cuerpo de los soldados; y solía decir, cuando esto se ejecutaba:

—*¡Quémenlo!* no más, hasta que yo les avise!

Por cualquier falta, por más leve que fuera, allí estaba Quevedo ordenando á los cabos y sargentos, aplicaran palo al faltador y á veces al que no lo era, con su término vulgaresco.

Cuando este señor concluía el servicio semanal, la alegría aparecía en el rostro de todos los soldados.

Por suerte nunca fuí castigado—pues tampoco daba el menor motivo para ello y además estaba recomendado por el jefe, quien había dado la orden, que si yo cometía alguna falta se lo comunicaran á él, sin tocarme ni con un dedo siquiera (2).

En cambio los otros prisioneros, que eran muchísimos, sufrían el martirio.

A los pocos días de haber entrado en la cuadra de la compañía á que me hicieron pertenecer, dí parte de enfermo, pues me encontraba con una pierna llena de heridas producidas por la inmensa cantidad de mosquitos, en las islas de los Ceibos y Olivera, durante mi permanencia en ellas.

El médico, recetó varios medicamentos.

El capitán ayudante cuando tuvo conocimiento del parte, vino hasta mí, y en la creencia de que él fuera simple evasiva, me dió pronto al servicio sin consultar con el médi-

---

(1) El desayuno de *café de maiz tostado*, se daba solamente cuando el batallón entraba de guardia de plaza.

(2) Al teniente Quevedo no le faltaron deseos de castigarme, pues en una ocasión se atrevió á manifestarme tales anhelos.

co. Entretanto seguí sufriendo las consecuencias de los ejercicios.

Después de haberles yo proporcionado bienestar y atendido en los campos de la pelea, nos fueron capaces ellos de dejar curar mis heridas.

¡Oh justicia humana!

***

Llegó el dia que se pagaba á los soldados el presupuesto del mes de Mayo, primer mes que revistaba.

El dia anterior se repartieron las libretas á todos los soldados.

Se me llamó á la mesa para que presentara mi libreta de *pago*.

El Capitán Gauna viendo que no se encontraba la firma de recibo me dijo:

—¿Porqué no firmó Vd. la libreta?

—Porque no estoy dispuesto á hacerlo pues si lo hiciera equivaldría á estar conforme en permanecer como voluntario—le contesté.

El Teniente Quevedo, que se hallaba en la mesa pagadora, me contestó que si se exigía la firma era únicamente para dejar probado que el Superior Gobierno abonaba á sus soldados.

El saldo líquido constituía una cantidad, de $ 2.00 que yo no queria aceptar, obligándome á recogerla por las vehementes exigencias, más aún indeclinable imposición del señor Quevedo, el *mimado de su compania*.

En la libreta figuraban: Por contrata $ 1.00 y por fotografias 0.60 centésimos las cuales poseí después de tres meses de la cobranza. La contrata nunca la firmé ni me la presentaron tampoco.

Durante mi permanencia en el cuartel, que duró algo más de cinco meses, hubieron dos suicidios y un intento de suicidio. Los suicidados se apellidaban López y Cardozo respectivamente, y el del intento era un moreno cuyo nombre no recuerdo.

Los motivos á que los inducía esa acción debíase á las revistas particulares y generales; aquéllas diarias, éstas quincenales.

—

En la tarde del dia 21 de Setiembre de 1897 dos días antes de los festejos de la paz, el sargento 1.° de mi compañía don Gregorio Camwell, me dió la nueva de mi libertad, agregando que tenía que entregar el equipo que poseía.

A la noche, el coronel Etcheverry me hizo llamar á su casa particular, donde me comunicó por segunda vez mi libertad.

Me retiré de la casa del coronel, dirigiéndome enseguida á mi casa, donde sorprendí á mi familia que ignoraba la grata nueva.

Al otro día, ví brillar como nunca el sol de la Patria, el sol Americano, el sol de la Libertad.

—

Quedo agradecido á la buena comportación que han observado conmigo, los teniente Hermida y Comas, y sargentos Camwell y Benítez.

Eran poco más ó menos las 9, de una noche neblinosa y fría. Los gefes habían ordenado al clarín, tocara el toque de *Atención, Generala y Compañía*.

Todos los soldados que se hallaban desparramados en distintas cuadras, al oir ese toque de ordenanza interna, se dirigieron rápidamente á sus respectivas compañías.

Estando todos formados, el Comandante Cantón (2.° Gefe), acompañado del Ayudante Salvagno, aparecieron en la primera compañía, en la cual yo me encontraba.

Con mirada escudriñadora, pasaban por delante de todos los soldados, separando á los que su antojo creían conveniente.

Cuando llegaron frente á mí, el Comandante Cantón al verme se sonrió y me habló de esta manera:

—¿Qué tal se encuentra su ánimo para partir esta noche?

Ante tal pregunta de doble fondo, me indigné y pensé las consecuencias que podrían ocasionar mi contestación; y despues de pensarlo, resolví decirle todo lo que en ese momento sentía, arriesgando como es por consiguiente mi bienestar, que no era allí nada envidiable por cierto.

—Sepa Comandante, que soy nacionalista, y que no estoy dispuesto á lanzar ni una bala siquiera en contra de aquellos que defienden sus ideales ciertamente justos, que son tambien los mios. Ahora, si quieren arrastrarme á la fuerza, iré, ¡claro! pero iré á observar, y nada más. Me matarán, pero de mi fusil, no saldrá jamás el plomo para herir á mis hermanos de causa.

El Comandante interrumpióme con éstas palabras:

—No amigo, usted no irá.

Y continuó separando á los soldados que debían marchar á campaña, pocas horas más tarde.

Agustín SALOM.

Montevideo, 1898.

PARA «LA ALBORADA»

MARTA

En aquella tarde apacible, que descendía con gran derroche de luz vívida, Marta quiso bajar al jardín, al hermoso jardín donde se columpiaban gallardamente las aguconas y los rosales en flor. Y tiernamente sostenida, con menudos pasos de muñeca bamboleante, la tísica volvió á aspirar con delicia el aroma asfixiante de las flores, que inclinaban sus talles reverentes al paso de su reina. Era la de vida y alegria, despues de largos meses de postración, mientras el organismo aniquilado, casi muerto, obedecia trabajosamente al esfuerzo supremo de un espíritu que se evaporaba. El invierno había sido cruel, y la tisis, sin lástima por el hermoso cuerpo de Marta, la arrastraba hacia la tumba con precipitación, cuando la primavera ataviaba el campo y los jardines con todas las galas de su eterna juventud.

Ahora llenaba su memoria el recuerdo de su vida pasada, transcurrida entre placeres inocentes, entre flores y pájaros.

Su juventud fué un ruido continuo de risas y cantos, bruscamente interrumpidos por los gemidos de la muerte próxima. A los juegos de la niña sucedió la imperiosa ley de la naturaleza: Marta amó, y amó con delirio, con la intensa fiebre de las vírgenes sorprendidas en la tranquilidad de sus sueños castos. Pero la fatalidad implacable burló sus esperanzas, y una noche de invierno, una noche eterna y sombría, ante sus ojos atónitos, inmóviles de terror y de pena, la muerte le arrebató su amor, derrumbando así traidoramente el castillo de sus ilusiones. Fué un solo golpe, rudo y brutal, que hirió por sorpresa su corazón cándido; y desde entonces, con el recuerdo melancólico de un bien perdido para siempre, fué languideciendo hasta tocar los bordes del sepulcro.

Ahora debía morir, ella bien lo sabía; y con una tristeza infinita, pensaba que moría á los veinte años, sin gustar los divinos placeres del amor, es tal vez una injusticia: una de esas grandes injusticias del cielo. Pero no se rebelaba contra el destino; aguardaba la muerte resignada, como una cosa irremediable, decretada soberanamente. Le parecía que estaba escrita su sentencia en el cielo, con grandes letras de luz, entre aquellas misteriosas soledades del infinito; y quizás allí la esperaba un sitio escogido, á ella que era una virgen purísima, cuyo espíritu volaría inmaculado á morir en plena luz eterna, en medio de dulzuras y dichas inefables.

De proto se sintió fatigada; el corto paseo la había extenuado; sus piernas se negaban á andar, y la falta de aire hacía mover su seno escuálido con una celeridad asfixiante. A dos pasos, los pesados racimos de la glicina en flor servían de dosel á un banco rústico; y Marta, solícitamente conducida, se dejó caer sobre el duro asiento. El penetrante perfume de las flores la asfixiaba más, y en vano agitaban los abanicos sobre el pálido rostro de la tísica.

En frente, un magnífico rosal se mecía suavemente, cubierto de flores de felpa; y una gran rosa, la más hermosa, se deshojaba lentamente, despues de haber vivido unos días de esplendor.

Marta quizás al mirarla fijamente, comparaba su existencia con la efímera de aquella flor, que se marchitaba entre la pompa primaveral de una tarde de Octubre. Debía, pues, dar un triste adios al mundo, ahora que se alzaba de la tierra el himno de las santas alegrías; cuando el ambiente, saturado de aromas delicados, cuajado de titilantes átomos de luz, convidaba á respirar el placer de la vida. Las aves se asociaban tambien al concierto universal, y del bosque surjían misteriosos ruídos de hojas, rápidos aleteos y el

bullicioso charlar de los pájaros. Solo el alma triste de Marta destilaba amargura; la clarovidencia de su espíritu, sutilísimo en esa hora suprema, no la permitía engañarse; sentía escaparse su vida, como el perfume que se evapora de un vaso abierto.

Entonces, como un grito de protesta contra el destino, contra la inclemencia del cielo, su memoria reconstruyó súbitamente el cuadro deslumbrador de su vida pasada, frente á las negras sombras del presente. Ah! sus quince años deliciosos, sus ilusiones de niña, aquella perpétua felicidad que vislumbraba en sus cavileos infantiles! Y luego, aquellas esperanzas citradas en el hermoso joven que se había apoderado de su corazón; sus coloquios encantadores, en los que solo aparecían promesas, juramentos y proyectos seductores! Qué felices hubieran sido! él dándole esa dicha y esa brillante gloria que le había prometido en sus tiernos cantos de poeta, cuando estrechándole las blancas manos le hablaba de su inmenso amor; ella, la radiante Marta, entregándole su explendida hermosura, su corazón grande y puro, su cariño invariable y dulcísimo. Un idilio magnífico, que nunca concluiría; ellos eternamente jóvenes y bellos y eternamente amantes. Pero hé aquí que un funesto día la muerte destruye bruscamente aquella construcción ideal, y sin lástima de su juventud, sin respeto á su pureza, desvanece de un soplo tan hermoso ensueño de venturas.

Y ahora, frente la grosera realidad, con la mente vacía y el corazón helado, pensaba que su cuerpo bajaría á la tierra madre, donde no hay calor ni luz, ni aire, ni perfumes deliciosos. Su alma iría sin duda á reunirse allá arriba con la de su amado: allí les esperaba una felicidad jamás interrumpida; ¿pero puede compararse el placer de la muerte con el placer de la vida? Goces en el cielo, músicas y cantos de ángeles, la maravillosa luz de Dios bañando la mansión de la bienaventuranza; ah! todo eso es muy bello; pero cambiaríamos con gusto una buena parte de tanta delicia por un poco más de dicha terrenal.

En ese momento solemne, Marta lloraba gruesas lágrimas, sin miedo á la muerte, solo con la pesadumbre de su magnífica juventud perdida. Iba á hacer á Dios el regio presente de su virginidad; pero, ¿quien era ese Dios que no conocía, á quién apenas presentía, que la lanzaba brutalmente en el misterio del no ser? Ella había entregado el corazón á su amante; y solo él, que reinaba en su alma y en su pensamiento, que era su dueño de ultratumba, merecía aquel dón divino que guardaba inmaculado.

Sintió en su alma un principio de rebelión contra el destino, no porque la mataba, sino porque le había prohibido los placeres de la tierra, á ella que era nacida para gozar inmensamente, buena, hermosa y apasionada. Y en medio de su inmenso dolor, con una mirada melancólica saludaba por la postrera vez á la vida que huía, al mundo que se esfumaba rápidamente con la magestad de las horas solemnes, mientras la muerte iba cerrando sobre su cabeza las tinieblas de la eternidad.

El sol en tanto se hundía en el horizonte con formidables llamaradas de oro que abrasaban las nubes. Era una gran cabeza que se sumerjía en el infinito, arrojando chorros de luz por sus rubios cabellos. Todo ahora renacía con una magnificencia extraordinaria: el éter de un azul purísimo, con caprichosos dibujos de nubes blancas y rosadas; una lluvia de oro inundaba las lejanas alturas, y los celestes racimos de la glicina, estremeciéndose, acariciaban la frente pálida y sudorosa de Marta, al compás de las hojas secas que murmuraban arrastrándose en la arena.

SERGIO IRIBAR.

Buenos Aires.



PARA "LA ALBORADA"

MINUCIAS

VERDAD

Si la pupila de tus ojos negros
Dijera siempre lo que dice tu alma
¡Cuanta desilusión me embargaría!
¡Cuántas cosas falaces me contara!

AMBICIÓN

Hay ambiciones que á la gloria llegan
Como las hay que llegan al infierno.
En mi pecho palpita una de aquéllas,
La ambición de ser alma de tu cuerpo.

LO DE SIEMPRE

Cuando viví á tu lado me dijiste:
«Si te fueras, mi bien, me moriría».
Lejos de tu presencia hoy he sabido
Que vives todavía!

—

Qué es lo que más te agradara,
Dime Julieta querida,
Por la vida dar un beso
O por un beso la vida?

VEJEZ

El fin de la jornada lo he encontrado
Basta de andar. Es tiempo que descanse
Lo eterno está cercano....
Tan sólo basta un paso hácia adelante!

—

Un hueco de la tierra
Esconderá mis huesos....
¡Quién sabe adonde viajará mi espíritu....
Si es verdad que lo tengo!

LEY HUMANA

Verdad amarga, detestable axioma
Este que en mucho la soberbia estima:
El potentado la cabeza yergue
El pobre siempre la cerviz inclina.

JUSTICIERA

No siempre las derrotas deshonrosas
Son, ni siempre, los triunfos inmortales.
Así cómo hay de aquellas eminentes
Hay derrotas y triunfos miserables!

OSCAR G. DIVAS.

Montevideo.

SOCIALES

De mi cosecha. Para mis lectoras

FRITZ

Lita ha muerto.

La flor lozana perdió su perfume; sus pétalos se marchitaron del todo y su pecíolo se quebró.

El alma que amó tanto encontró al hombre en el hombre, y esa decepción acerba fué bastante para enervar de súbito su cuerpo hasta dejarlo sin aliento.

Lita era espiritual y soñadora.

¡Cuántas veces se dejaba arrastrar por sus sueños candorosos, y reclinada en la ventana del kiosko situado en el fondo del jardín, dominaba el horizonte con su mirada triste para concluir con una plegaria íntima que unía el corazón humano al espíritu divino!

¡Cuántas horas felices cruzaron silenciosas por su existencia sin hacerle recordar jamás que ellas eran falaces; que después de la alegría viene la tristeza, que detrás de la risa viene el llanto y que después del día aparece la noche!

¡Cuántas veces pronunciaron sus labios el nombre querido, llegando por momentos á colocarlo encima de otro nombre: el nombre que ella, inspirada en los delicados salmos bíblicos, pronunciaba antes de dormirse haciéndose la simbólica señal de la cruz.

¡Pobre espíritu soñador!

Hijo de otro mundo tenía forzosamente que vivir con la idea y con el alma en el propio.

Gloria soñó un ideal, y ese ideal fué un ateo de la Religión; Lita soñó también el suyo; y ese ideal fué un ateo del amor virgíneo.

Lita ha muerto.

La flor lozana perdió su perfume, con el perfume sus pétalos y con los pétalos su vida.

***

Fritz parece haber olvidado el pasado.

Para él no existía un sepulcro, donde una lápida de mármol llevaba inscripto el nombre de una mujer; para él el *ayer* era una sujestión de su cerebro neurótico, nada más: simple sujestión que se olvida más pronto que lo que demora en terminar.

¡Infeliz ayer: gota de agua que evaporó el sol, nube de incienso que desflocó la ráfaga, nota sin vibración!

¿Nada le importó á Fritz el amor burlado?

¿Nada le importó la muerte de una vida casta?

«¡Que haya un cadáver más que importa al mundo!», se habrá dicho Fritz para sí y habrá continuado el viaje sin mirar lo que dejaba á su espalda.

Pasaron tres meses.

Fritz amaba de nuevo.

Fritz mofábase de la sublime candidez del ángel para dar pábulo á su deseo, siempre engañador, fútil deseo entonces que revelaba en el pecho humano la existencia de la burla insensata.

Una noche—rara noche por cierto—comenzó á pensar sin darse cuenta en la leyenda de su trágico pasado.

Apenas se dió una idea consciente de la insensatez cometida, apenas entrevió la maldad de su proceder sintió un impulso nostálgico que le hacía pensar más y sufrir bastante.

Y por su cerebro, en el que ardía el vigor de los 22 años, cruzaron en torbellino mil formas extrañas y pavorosas, mil pensamientos de dolor, y con ellos la hermosa imagen de Lita que, flotando sobre una comba de nubes transparentes y rodeada de luces diáfanas, lo miraba con terneza y con los brazos extendidos como bendiciendo el espíritu que, aún siendo malhechor, encuentra otro espíritu inmaculado, que perdona las injurias de un amor mentido y el dolor de un pedazo de vida engañada!

Desde allá arriba, ella, le contaba sin palabras la verdad de una leyenda, la falsedad del mundo humano condensada en la pasión de un hombre, y la pedantezca pretensión de la humanidad de creer y de pensar, cuando no sabe aún lo que es creencia, ni lo que es el pensamiento.

Lita era la palabra convertida en visión, una visión que no hablando hablaba, que no viviendo vivía.

Desde ese día Fritz fué otro sér distinto.—De impaciente que era se volvió meditador, de optimista, pesimista y de insensato, sensato.—Operóse en su conciencia una metarmorfosis radical, transformándole toda su idiosincracia.

Ya no existían para él, ni el bullicio del café, ni las delicias de los paseos al Prado; y sí la vida nueva, vaciada en un molde demasiado fuerte, demasiado avasallador, y la existencia de la mujer querida y engañada que se albergaba palpitante allá, en el fondo de aquel caos donde las menos veces el futuro es un anhelo y el pasado, presente.

Todos los jueves, depositaba sobre un sepulcro apartado y sencillo una corona de siemprevivas, jasmines y violetas; quedábase largo rato meditando frente á él, de pié con los brazos cruzados y la mirada clavada en la losa y se retiraba después de murmurar una frase inteligible.

***

—No puedo seguir así.

—No te comprendo, Fritz.

—Digo que no puedo seguir así. ¿Comprendes ahora?

—Y ¿porqué dices eso?

—Porque debo decirlo.

—No sé qué me quieres decir.

—Escúchame. Tú por despecho, porque has amado y has quedado burlada, dices que me quieres mucho y nada me quieres. Pero. esto no es nada.—Yo, he amado también, muchísimo más que tú, pero mis años no me permitían comprender del todo la magnificencia del amor. Hoy, desgraciadamente me doy cuenta exacta de todo, y sin tener sobre mis ojos el lente oscuro, noto que el color sonrosado de las cosas se ha tornado pálido, pálido, pálido.—Yo no puedo quererte, y no puedo seguir engañándote. Mi conciencia me dice: haz bien, —mis labios te dicen: haz bien, y el bien se hará.

—Hablas mal.—Ni por despecho te amo, y aunque olvidaras al alma que burlada buscó un nuevo amor que fuera para ella, lo que el sol para la vida, tú, óyeme Fritz, palpitarás aquí—y señaló el corazón—y en esta otra parte—y señaló la frente.

—¿Porqué finges lo que no se debe fingir?

—Digo lo que pienso, digo lo que creo, digo lo que siento—contestó Cata, algo temblorosa.

—No me hables más de esas cosas. Estoy cansado; tengo un peso colosal que me aplasta el cráneo. tengo un peso enorme que me aplasta el pecho; siento algo raro; hasta ahora nunca lo había sentido;—hoy es la primera vez.—En cambio siento la conciencia menos aplastante porque te he confesado la verdad—dijo Fritz, arreglándose el cabello con las dos manos.

—Ayer podía decir que me engañaron; hoy digo que me engañaron y volvieron á engañar,—habló Cata—y una lágrima fugitiva corrió por su mejilla.

—¡Ven!—exclamó Fritz, como despertando de una abstracción profunda;—y la tomó de la mano hasta sentarla en un diván; y reclinándose á su lado dejó escapar blandamente la mano de Cata que ésta quería retener en la suya.

—Hablemos como buenos amigos—comenzó Fritz—digámonos algún cuento de hadas que no nos hablen de amor.

—Los cuentos no son para dichos por mí.—Hablemos de amor.

—No puedo.

—Yo no puedo entonces permanecer ni un segundo siquiera junto al hombre que no se contenta con olvidar, sinó con olvidar y volver á olvidar.—Contestó Cata, retirándose precipitadamente, dejando á Fritz convertido en una estátua.

¡Una mujer que se le revelaba! Cosa singular para él! Una mujer que con una acción le explicaba el porqué de muchas cosas;—más singular aún!

Pero no por eso dejaba de estar satisfecho.-Había dicho una verdad que le oprimía la conciencia; había dicho todo lo que tenía que decir, y ahora amaba á la mujer muerta, forma visionaria que velaba sus sueños tranquilos;—y pasaba con él, como la última compañera de antes, sus horas de insomnio.

En una extremidad del cementerio, la más silenciosa, hay una nueva tumba al lado de la de Lita. «Fritz», dice en la lápida, con grandes letras góticas.—Dos sepulcros se han encontrado como dos luces para formar una sola antorcha. El alma enferma buscó al alma casta para estrecharla en un abrazo eterno y volar, volar siempre, ligados por una misma idea, por la inmensidad azul de la patria de los muertos!...

—

Con el fin de engalanar las columnas «Sociales», dándole por consecuencia un impulso, hemos convenido con nuestro Director, dar principio á una galería de bellezas uruguayas que felizmente abundan en nuestro pequeño pedazo de mundo.

Solo falta que las bellas atiendan á nuestro deseo.

—

Hace ya algunos días que la distinguida familia del señor Eduardo Acevédo Diaz, ha llegado á esta ciudad con el objeto de radicarse entre nosotros.

Nos congratulamos vivamente al ver de nuevo en el seno de esta sociedad á tan queridos huéspedes.

***

Se anuncia para el mes de Junio el enlace del distinguido caballero señor Jorge Ponce de León con la simpática señorita Berta Acosta y Lara.

***

En la semana entrante se dirigirá á la ciudad de Santiago de Chile, el primer Secretario de la Legación de aquel país, el señor Javier Larraín. acompañado de su señora Ema Castro.

***

Carta que hemos recibido de la Asunción nos dice que ha mejorado de su dolencia la distinguida señora del caballero Alfredo Silva y Antuña, secretario de nuestra legación en el Paraguay.

Sinceramente nos felicitamos de tan grata nueva.

***

Dentro de breve tiempo partirá á para la capital vecina la distinguida señora Isabel B. de Fernández, acompañada de la apreciable señora Pilar R. de Novas.

Pasarán en la hermosa ciudad las fiestas Mayas.

***

Regresó del departamento de Maldonado, acompañado de su señorita her-

mana Amalia, el joven José María Reyes Lerena.

*
**

Concurrido estaba el Club Católico el día 27. Recordamos á las señoritas de Más de Ayala, Montero, Arteaga, Azevedo, Rodríguez, Arocena, Capurro, Shaw y Carve.

*
**

Permanecen aún entre nosotros, los decididos compañeros de causa, don Doroteo Navarrete y Comandante don José Arozteguí.

*
**

Nuestro consecuente correligionario y buen amigo, Alejandro M. Pagola, dueño de la tienda «La Nueva Central», calle Sarandí núm. 385, entre Cerro y Bacacay, recibió en estos últimos días un espléndido surtido de artículos de alta novedad, para la estación presente.

LEYENDA RUSA

El príncipe, el joven príncipe, tan hermoso como un rey, está mortalmente herido.

Cuando andaba de caza por los bosques, distraído con el recuerdo de las doradas trenzas de su mujer, fué acometido por un jabalí, que le atravesó con sus dorados colmillos.

Allí está, tan pálido como un manojo de jazmines, tendido sobre la cama ensangrentada.

Alrededor de la cama están llorando tres mujeres: la madre, la hermana y la esposa.

—Vamos corriendo,—dice la madre,—á casa del nigromántico, que vive retraído en lo más recóndito de los bosques.

Nadie más que él puede hacer un bálsamo que cure á mi hijo.

Cuando llegaron á casa del nigromántico, éste les habló así:

—Puedo daros un bálsamo que curará al príncipe, pero es preciso que me deis, en pago de ese bálsamo, tú, la madre, tu brazo derecho; tú la hermana, tu mano blanca, con el anillo en el dedo, y tú, la esposa, tu trenza dorada.

La madre dijo: ¿Nada más que eso? Y dió su brazo derecho.

La hermana dijo: Toma mi mano blanca con el anillo en el dedo.

Pero la esposa dijo sollozando: ¡Ay! ¿Tendré que cortar mi trenza dorada?... No puedo dar mi trenza dorada.

Y el nigromántico se quedó con el bálsamo,

Y el príncipe murió.

Allí están las tres mujeres, llorando junto al cadáver.

La madre llora, sosteniendo la cabeza de su hijo querido.

La hermana llora á los piés del príncipe.

Y la esposa llora junto al corazón. ¡Junto al corazón que palpitó con un amor tan tierno por sus trenzas doradas!

Y en el sitio en que lloraba la madre brotó un hermoso río de ondas inmortales, el cual está corriendo todavía.

Donde lloraba la hermana, brotó un manantial.

Pero donde lloraba la esposa, se formó un charquito, que se secó en cuanto le dió el sol.

MARÍA KRISINSK.

A IBERIA

(SONETO)

¡También á tí se elevará mi canto,
Que tú salvaste la grandeza humana,
Rindiendo á la falange musulmana
Bajó el pendón santísimo en Lepanto!

El Cid, que triunfa cual sublime espanto,
Vives, que el nombre de sapiente gana,
León, el de la lira sobrehumana
Vivieron al abrigo de tu manto.

¡Tierra de inagotable fantasía
Que diste de tus cielos deslumbrantes
A Murillo y Rivera la osadía;

Y diste un mundo al Universo de antes!..
Eres la madre de la patria mía,
¡Madre de Calderón y de Cervantes!

ENRIQUE W. FERNÁNDEZ.

LOS SOLISTAS

¡Qué plaga!

Y uno en cada esquina, un montón en cada café, sueltos por las calles, solistas graves en sus casas, solistas políticos, curanderos, comadrones, financieros, «afiladores» (nueva floración), etc.

Hasta no poder salir á la calle: á pié, en tramvia, ni en coche. Solamente en globo se podría andar libre de estas chinches.

Como las exigencias de la vida obligan, no hay sinó que arrostrar á los solistas, de los cuales es imposible escaparse en cuanto se sale al aire libre.

El solista toma sus víctimas con más saña que la misma hiena, que mata y bebe la sangre caliente de sus víctimas.

El solista no siente frío, ni viento, ni lluvia, ni granizo. Si el «Simoun» dejase los arenales africanos y envolviese en sus caliginosas caricias á todos los solistas, es seguro que les haría el mismo efecto de vivificante y fresca brisa. Son inmunes.

Así, lo mismo plantan á sus víctimas en pleno sol meridiano; que la arriman á una pared recien pintada, ó las hacen calar hasta los huesos por la lluvia, mientras le espetan un interminable solo,

Y que olfato para hallar sus víctimas! En vano se hundirá ésta en el último rincón del club, ó del café, ó huirá á paso vertijinoso. El solista tiene, además de buen olfato, buenas piernas y buenas manos para tomar gentes de la solapa y hacerse oir apesar de todo.

Si la víctima va en carruaje el solista se para en la facha de los caballos, gesticula y grita al cochero hasta que para, y luego medio se cuelga del estribo... y hay para un par de horas.

Si va al teatro no deja oir la pieza al vecino.

Si á la Cámara, no deja oir al orador. El habla más que el miembro informante.

En la iglesia sirve de ayudante al gangoso de las viejas que cantan la salve.

Mientras el cura hace la apología de un santo cualquiera, el solista distrae á su víctima y á media feligresía con sus argumentos en voz alta, gestos y manotones.

Por un quitame allá esas pajas el solista llama aparte al elegido, lo sustrae á sus amigos, y le espeta media tarde una de sus interminables piezas. Cuando el pobre desesperado consigue desacirse de tal pulpo, ya sus amigos se han ido hartos de esperarlo.

No importa para el solista que halle su víctima cargada de medicinas para un hijo que se le está muriendo. Si se trata de un simple negocio lo detiene para darle consejos. Si es un diputado oficialista que corre á la cámara á cumplir sus deberes no se escapa. Si se trata de uno que empieza á comer no le deja tragar bocado bien masticado y lo obliga á contestarle, así eche el vino por la nariz.

Hay solistas incipientes, contumaces, veteranos, etc. Solistas sobre pesca, en política, en finanzas; solistas tigres, bull-dogs, solistas en secreto, á gritos, con música, sin ella, en fin, es una familia más larga que la voluntad de un pobre.

Sólo de un modo podremos vernos libres de los solistas: andando en la máquina del célebre ministro ó importando el germen de la peste bubónica.

DOUGLAS.

PAPEL IMPRESO

LA EQUIDAD EN EL VOTO, POR CARLOS ROXLO.—1 TOMO 150 PÁGINAS; IMPRENTA ARTÍSTICA DE DORNALECHE Y REYES, AÑO 1898.

El poeta inimitable, Carlos Roxlo, el más fecundo y apasionado de nuestros bardos, ha escrito en un folleto de ciento cincuenta páginas, todo un tratado concienzudo sobre la equidad del voto. El miércoles apareció en las librerías; el éxito del libro ha sido completo.

El folleto, nítidamente impreso, comprende los capítulos siguientes:

Prefacio.—I. La soberanía.—II. La representación de las minorías.—III. El voto incompleto.—IV. El voto acumulativo.—V. El sistema proporcional. —VI. El acuerdo de los partidos.—VII. Las elecciones.—VIII.—El voto unido y justo.—IX. La lucha armada. —X. Post scriptum.

MENUDENCIAS

Los colorados continúan activamente sus trabajos de organización. El plan seguido es el de las excursiones ó giras políticas. Continuamente salen peregrinos que van á mendigar la unión de los elementos. Primero golpearán en cada puerta y harán espantar los canes. Luego alzan la diestra mano, posan la izquierda sobre el corazón, y dicen con tono solemne, frente á los enemistados que con cara compunjida se dan la mano como dos tiradores de sable al terminar un asalto de prueba: —Amíguense!—Ya nos echamos *jamás!*,—dice uno,—y el otro vuelve el rostro todo mohino. *El que se enoja no moja ni pita cigarro de hoja*,—clama el peregrino; y ni así ceden.

«Pero, amigos, los blancos se van arriba; ó nos unimos, ó nos quedamos sin gobierno.. . y sin presupuesto.» Y los enemigos se abrazan y se vuelven más camaradas que nunca, quedando así cumplidas, en la mayoría de los casos, los afanes de los varones que emprenden la cruzada patriótica contra la desunión de los elementos.

***

Juan Reyes, es el nombre de un pobre correligionario que se encuentra prestando servicio forzoso en la fortaleza del Cerro.

Repetidas veces ha pedido la baja; no existe contrata que lo obligue al servicio; y esto no obstante, se le ha negado aquella ¿Lo ignora el señor ministro de la guerra? ¿No se conduele al ver un ciudadano en la esclavitud, en una era de plena libertad para los pueblos y sus individuos?

A fuerza de escuchar el estampido
Del antiguo cañón y el silbo agudo
De las balas de guerra. ¿acaso pudo
Don Gregorio perder su buen oido?

Así dice la gente, y dice nada.
Que para hacer cesar los «voluntario ».
Basta con tener ojos, leer los diarios
Y proceder con rectitud honrada.

***

Una cosa nos sorprende cuantas veces, de noche, pasamos frente á la morada presidencial. Vemos el mismo desagradable cuadro que en los tiempos de Borda y Portería. No bastan los guardias múltiples del Escuadrón de Seguridad, ni los de la policía urbana, apostados por allí, ni la guardia permanente que pernocta dentro de casa;—hay por allí perennemente varios señores particulares que se pasan la noche de custodia. Esto no hace mal á nadie, excepto á los mismos que disfrutan los vientos invernales de estos meses, conquistando resfríos á destajo;—pero nos parece excesiva tanta prudencia, y sobre todo, poco seria, poco edificante para los ojos extraños, y aún para los propios.

No debe el señor Cuestas ostentar lujo de fuerza: tan bueno es ser precavido, como malo es pecar por exceso de precauciones. La seguridad hay que hallarla en el amor del pueblo. ¿De qué le sirvieron á Idiarte Borda su escolta inseparable, su escuadrón y sus numerosas custodias?

Nada debe temer el señor Cuestas, mientras, como al presente, le esté el pueblo agradecido á sus dignos procederes.

***

El colmo de la franqueza lo ha dado esta semana, el general don Fortunato Flores.

En el escenario del «Centro Gallego», ante nutrida concurrencia hispana, don Fortunato ha levantado la culminante figura de don Venancio, su ilustre progenitor,—como él le llamó repetidas veces—á una altura realmente envidiable.

Su entusiasmo, inspirado quizá en el recuerdo de su ilustre padre, el glorioso guerrero, su padre,--como él ha dicho--ha sido inmenso.

Lo peor es que don Juan Lindolfo echó sobre tanto ardor, un chorro de agua fría, olvidado, probablemente, de los antecedentes del inmortal jefe de la Cruzada Libertadora, ilustre padre de don Fortunato Flores, que es quien lo dice.

Ello es que Cuestas lo tiene como quien dice amarrado, ó al palenque, reservándolo para que luzca en su pátria *los talentos militares* y *el ilustre apellido* de su *inmortal progenitor*. (Lo subrayado pertenece al general don Fortunato).

Y es mejor, darle final
A esta crónica *ilustrada*
Del *ilustre* general;
Que evita decir más nada
Quien se declara inmortal.

***

Se trata de obtener la sanción popular del acuerdo realizado, por medio de un plebiscito. (¿Qué es eso del *pueblecito*, decía'e ayer un notable *notable algo* ventrudo á otro.)

No nos parece bien: por tres razones:

Primera: que estamos ya
Cansados de dar sanciones;
En privado, bueno va,
Pero, ¿manifestaciones?
Que no, que bastan, que está !...

—

Segunda: si el papá ríe
A ocultas, porque el chicuelo
Hizo una *gracia*, no fíe,
Probable es que se resfríe
La gracia, y sirva de duelo.

—

Última: la que me callo.
Recordando lo al caballero,
Que decíale á su escudero:
«Oh, Sancho, peor es meneallo!»
Ante un proceder ligero.

Á JULIO

(IMITACIÓN)

Sois, como es fama certera,
Calavera;
En política es tu abuelo,
Maquiavelo;
Para colmo, siempre cargas
Uñas largas,
Mientras milagro no veamos,
A ver cómo no te largas;
Y libres, de tí, quedamos,
Maquiavelo de uñas largas.

MISCELÁNEA

En el intermedio de un baile:

—Mire Vd. señora, mire Vd. que feo es ese individuo, que está apoyado en la chimenea.

—Caballero, ese es mi marido.

—¡Ah, señora! ¡Cuán cierto es el refrán que dice, que los hombres más feos, son los que tienen las mujeres mas hermosas.

—

Por grande y digno que sea el objeto á que se aspira, si el que para alcanzarlo se vale de medios miserables, es siempre un miserable.

—

Asistían á un enfermo unas mujeres muy feas; las vió y dijo á sus amigos:

Señores, me muero.

¿Porqué? le preguntaron.

Porque he leído en muchos libros que á la hora de la muerte, se ven visiones, y las veo espantosas.

—

En el estudio de un pintor:

—¿Cómo va el arte?

—Divinamente.

—¿Vendes mucho.

—¡Ya lo creo! Ayer vendí el último lien o.

—¿Cuál?

—El del cat e.

—

—Vengo á despedirme de ti.

—¿Vas á reunirte con tu familia?

—Sí: ¿quieres algo para socorro?

—¿Para socorro? Hombre, no me vendrá mal. Dame un par de duros.

—

En una conversación, la mujer habla en voz alta con el hombre que le es indiferente; en voz baja, cuando le principia á amar, y guarda silencio con el que ama.

Suscritores fundadores

DE

LA ALBORADA

Basilio Muñoz (hijo).
Sixto Viñas.
Toribio Escalone.
Justino Burgueño.
Aurelio Nogueira.
Juan José Muñoz.
Rosalio Vera.
Roberto Cal.
Antonio Ríos.
Salvador L. Gauna.
Juan S. Anchién.
Nieves Proenza.
Gabriel Orgaz y Pampillón.
Donato Sampera.
Elías Pereyra.
Faustino O. Brun.
José B. Correa.
Zenón Burgueño.
Miguel Martirena.
Rafael Salamó.

Nota—Son suscritores fundadores, los que poseen las acciones que hemos emitido y que importan un año de suscrición.—Por error incluimos el nombre del correligionario Zoilo Izquierdo en esta lista.

NOTAS FINALES

AVISO

Participamos á nuestros suscritores que hemos trasladado las oficinas de redacción y administración, á la calle Convención núm. 82, donde deben dirijir cualquier queja que tengan sobre el reparto del periódico.

LA ADMINISTRACION.

—Recomendamos á nuestros lectores la importantísima narración histórica, que con el título de *La Revolución de los comicios*, publica en estas columnas el señor Joaquín Muñoz Miranda, con gran acopio de documentos y de datos, y no menores criterio é imparcialidad.

—*El Deber Patrio*, al acusar recibo de La Alborada, dice:

«Este interesante semanario trae como siempre en sus páginas, abundante y hermoso material, producto de inteligentes jóvenes literatos que le prestan su cooperación.

Agradecemos al colega el cange con que nos honra, prometiéndole engalanar de vez en cuando nuestras columnas con algunos de sus brillantes artículos »

—Ha regresado de Minas, despues de mes y medio de ausencia, nuestro amigo y correligionario el señor Rómulo Muñoz Zeballos, algo mejorado de la grave herida que recibió en la batalla de «Arbolito».

Nos felicitamos de su feliz retorno.

—*El Deber Patrio* de Treinta y Tres, transcribe la poesía «Al general Aparicio Saravia», que publicamos en el número anterior.

—Comité Provisorio para el aumento de la Escuadra Nacional.

Montevideo, Abril 25 de 1898.

Señor D. Constancio C. Vigil.

Comunico á Vd. que ha sido electo miembro de la Comisión encargada de organizar una suscripción pública con el fin de aumentar la escuadra nacional.

La reunión preparatoria de dicha Comisión, tendrá lugar el martes 26 á las 8 1/2 de la noche, en el local del «Centro Gallego».

Saludo á Vd. con mi más alta consideración.

Juan B. Schiaffino,
Presidente.

Leon E. Muñoz,
Secretario.

José R. Usera,
Secretario.

—Agradecemos intimamente las entusiastas felicitaciones que hemos recibido de los señores Pablo C. Godoy, Ramón D. Diaz, Gabriel Orgaz y Pampillón, Ignacio Naranjo, y muchísimos otros de quienes diariamente recibimos cartas afectuosas, que tanto nos honran como nos alientan á proseguir en esta empresa partidaria.

Mil gracias, estimados amigos de causa.

—Ha elevado renuncia del cargo de miembro titular del Directorio del Partido Nacional, el digno cuanto estimado correligionario don Antenor R. Pereyra. La causa que la motiva es la incompatibilidad que á su juicio implica el simultáneo desempeño de aquel elevado cargo y el de miembro de la Comisión Directiva Departamental, con que fuera merecidamente honrado anteriormente.

Lamentamos la separación del Directorio del señor Pereyra.

—Avisamos á los correligionarios que en la Plaza Libertad, esquina General Rondeau, han establecido los señores Jaime Corch y Alberto A. Gonzalez, una surtida librería, donde se venden artículos concernientes al ramo, á precios reducidísimos.

—*La Paz*, importante colega que redacta Gonzalo Larriera y Varela en la ciudad de San José, ha pubicado en sus columnas el artículo que apareciera en La Alborada, con el prendónimo *Un ex-revolucionario*; titulado « Partido Nacional: Su Tesoro ».

—*La Reacción*, en su número del 27, transcribió nuestro artículo: « El acuerdo realizado — La actitud patriótica del Partido Nacional ».

CORRESPONDENCIA

Los sembrados, los pueblos y los periódicos tienen, como el Ejipto, plagas que los desvastan, los azotan ó les traen el sopor de lo indijesto.

Tomar la péñola, garabatearse unas cuartillas, embutirlas en un sobre y aplicar el emplasto «Al Director de.... cualquier cosa: basta qve sea una revista, donde por carambola ó sin ella salgan los garabatos retratados y el nombre en letras de molde...,—es cosa fácil y es el azote que nos persigue.

Pues, señor, que ya nos falta gusto y tiempo, sobre todo ésto último, para contestar una á una á las colaboraciones que recibimos. Y eso de que expliquemos al autor el porqué y el por qué nó, ¡vaya si lo haremos!

Con esta sección, satisfaremos á todos; á los que nos favorecen con sus escritos, y á los que nos cansan con sus elucubraciones *macanales*.

Veamos la cartera, y aproximemos el canasto.

L. T.—*Rivera*. Ya no tengo duda. Su último.... *ultimatum*, nos ha convencido de que el sentido común debe hacerle la guerra á todo trance. Entiéndase con Menelik; yo no puedo descifrar sus geroglíficos literarios de nuevo cuño.

Justus.—*Montevideo*—*Pardon*! No es malo; Dice usted verdades. Pero ya vé: todas sus predicciones, salieron falsas; lo que mi juicio era indiscutible, se discutió y resultó una sanción contraria. Debe hacer otro esfuerzo, y veremos. Estoy grato á sus benévolos conceptos.

Severito.—*Montevideo*. Pillin! ¿Cómo cuántas « abonas» hizo usted al colegio? Porqué, supongo que habrá usted asistido á alguno....

En fin, quién sabe. Al leer *su poesía* se me ocurre aquello de

«¡Ay! Severo, Severito,
Como esta la.... *asnalidad*!

Lila C.—*Durazno*. Señor *Lilo*: Que nosotros fumamós en pipa, y que Vd. tiene mostachos más grandes que S. M. Umberto I.

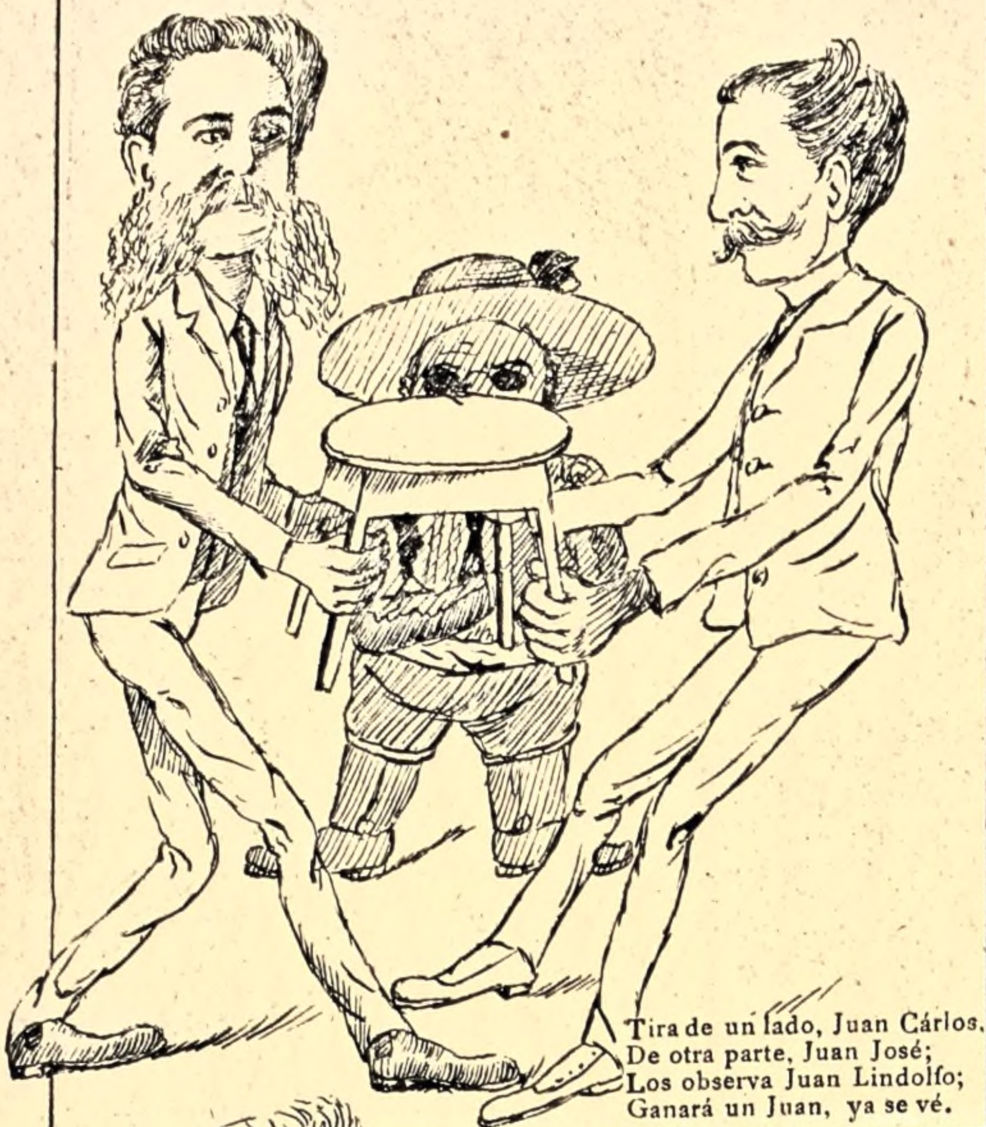
Justifique su sexo, si nos equivocamos, y se le atenderá como es debido

G. B.—*Montevideo*. ¡Gran Burro!
Qué monograma elocuente!
Escribaselo en la frente!

— Y por hoy, basta.

Establecimiento Gráfico, Convencion 82.

El Acuerdo, por Francis



Tira de un lado, Juan Cárlos,
De otra parte, Juan José;
Los observa Juan Lindolfo;
Ganará un Juan, ya se vé.



La banca se hace pedazos;
Con tanto y tanto tirar,
Mas San Pedro muy solícito
Y á fuerza de machacar...



Y hecho el negocio, fiel,
A su fama y sus retratos,
Cuestas con cara de miel,
Se lava como Pilatos

UN COLECTIVISTA



¡ Bonito me coje el invierno!....